

AC 08 98

Hola, buenas noches, comenzamos una nueva semana. Y con ella nuestro espacio, el tiempo del curso de acceso directo a la universidad para mayores de 25 años, el CAT. La asignatura que ocupará los siguientes minutos es Historia del mundo contemporáneo.

El programa de esta materia consta de cuatro unidades didácticas. La primera unidad didáctica estudia la alta edad contemporánea. No solo analiza las transformaciones que sufren las sociedades agrarias para convertirse en sociedades industriales, sino que también señala los cambios que sufre la vida política europea, desde la Revolución Francesa hasta el advenimiento de los movimientos liberales y nacionales, que se encargarán de consolidar los principios preconizados por la Revolución Francesa.

La segunda unidad didáctica aborda el estudio de los años finales del siglo XIX y los primeros del XX en los distintos estados europeos. Analiza el desarrollo del imperialismo colonial característico de la época y el periodo histórico que contempla la formación de los bloques antagónicos en Europa a principios del siglo XX, que desembocará en la Primera Guerra Mundial y una de sus consecuencias directas, la Revolución Rusa. La tercera unidad didáctica está dedicada a las democracias en los años XX y la Gran Depresión del XXIX y sus consecuencias, el auge de los movimientos fascistas, que potenciarán la conflictividad internacional de los años 30 y, finalmente, provocarán la Segunda Guerra Mundial.

Por último, la cuarta unidad didáctica estudia la Segunda Guerra Mundial y la historia colonial. Analizando el mundo de posguerra y destacando los grandes desequilibrios y contrastes entre países desarrollados y países subdesarrollados. En cada una de las unidades didácticas hay un tema específico de la historia de España.

El tema que nos ocupa esta noche es el de Napoleón y la Europa de los Congresos. Está con nosotros la profesora Ana Guerrero. Esta noche, en introducción a la historia del mundo contemporáneo, nos acompaña la profesora Ana Guerrero.

Con ella vamos a hablar de la figura de Napoleón y de la Europa de los Congresos. Nos centraremos en lo que muchos contemporáneos consideraron el epígono inevitable de una época de revuelta y agitación. La aventura napoleónica y en los intentos de las potencias europeas de crear un sistema de equilibrio y control que evitase en el futuro problemas similares.

El gran protagonista de la primera parte de este periodo, y, en cierto modo, de todo él, fue Napoleón. En un primer momento como actor principal y, más tarde, tras su derrota y muerte, como el fantasma temido y, en muchos casos, odiado, presente en todas las conversaciones para diseñar una nueva Europa. Buenas noches, Ana.

Buenas noches. Podíamos empezar preguntando quién era este personaje que hizo temblar a Europa. Napoleón, como todos saben, aunque quizá no está de más recordarlo, nació en

Córcega en 1769, el mismo año en que los franceses ocuparon la isla.

Su familia había apoyado los movimientos de resistencia, pero, a la vista de los acontecimientos, su padre no tuvo ningún reparo en abandonar la causa del nacionalista Paoli y logró un poco tiempo un elevado puesto en la administración francesa. Sus buenas relaciones con el nuevo gobernador y el reciente ennoblecimiento de la familia le facilitaron la obtención de una beca para que su hijo, Napoleón, estudiase en la Escuela Militar de Brienne, de donde pasó a la del Campo de Marte, en París. Napoleón no destacó especialmente en los estudios, aunque sobresalió en algunas materias, como, por ejemplo, las matemáticas.

Cuando terminó, se le destinó al cuerpo de artillería con el empleo de teniente. Se convirtió así en un militar que sería, en parte, producto de su época y, en parte, artífice y responsable de muchas de las cosas que en ella ocurrieron. El acontecimiento más importante que tuvo lugar en los inicios de la carrera de Napoleón fue la Revolución Francesa.

¿Cómo reaccionó Napoleón ante esta revolución? Como la mayoría de los jóvenes oficiales de artillería que procedían de la pequeña nobleza, Napoleón, que era, además, un ávido lector de las obras de Rousseau, de Mably, de Voltaire y de otros, acogió con entusiasmo el inicio de la Revolución de 1789. Tras algunos destinos sin importancia y, quizás, también azuzado por la muerte de su padre y las dificultades que esto ocasionó a su extensa familia, hay que recordar que eran ocho hermanos, Napoleón decidió aprovechar las oportunidades que la nueva situación política ofrecía. Su actitud a favor de la integración de Córcega en la Francia revolucionaria y sus primeras acciones militares en contra de los enemigos de la Revolución le valieron rápidos ascensos.

Además, Napoleón supo moverse con soltura en las turbulentas aguas de la política de la época y salió airoso de las depuraciones que siguieron al golpe de Termidor. Su fidelidad a la Revolución y a la República quedó finalmente demostrada con su decisiva actuación contra los realistas, cuando éstos atacaron a la Convención en octubre de 1795. A partir de este momento, y tenía sólo 26 años, su carrera ascendente no tuvo ya ninguna interrupción.

¿Y cuándo empezó a ser conocido por sus compatriotas? Sin ninguna duda, tras las campañas de Italia. Napoleón supo reorganizar y disciplinar el ejército francés, lo modernizó y, además, y quizá fue lo más importante, revolucionó la forma de hacer la guerra. El ejército revolucionario, que luego se convertiría en el napoleónico, era un ejército nuevo, distinto.

Era un ejército de masas, basado en el reclutamiento, que ofrecía a todos sus miembros posibilidades de ascenso y que se apoyaba en una potente artillería. Era un ejército nacional, lleno de entusiasmo patriótico, que en un principio se identificó estrechamente con los ideales revolucionarios, y poco a poco, a medida que el régimen francés fue evolucionando, sustituyó esta fidelidad a la Revolución por otra de carácter personal hacia la figura del emperador, que era el nuevo centro del espíritu nacionalista francés. Sus éxitos en el campo de batalla, gracias a su nueva visión estratégica, empezaron a convertirlo en una leyenda viva, cuando aún era solo un oficial de artillería que ascendía con mucha rapidez.

Hemos quedado en que Napoleón fue un genio militar, pero, además, fue algo más, ¿no? Por supuesto. Desde muy pronto, Napoleón demostró ser mucho más que un simple, aunque eso sí, genial soldado profesional. Las dificultades del directorio en el interior y la presión de la guerra en el exterior habían generado, a la altura de 1799, una inestabilidad que se vio coronada por el golpe de estado del 18 de Brumario, el 9 de noviembre de 1799.

Este golpe fue una conspiración de notables con el apoyo del ejército, con la que se buscaba restablecer el orden e institucionalizar los logros de la Revolución. En este otro terreno de operaciones, Napoleón demostró su capacidad, pues fue capaz de controlar y dominar a profesionales de la política. Hay autores, como por ejemplo Godechot, que insisten en el carácter militar que subyace en toda su actuación civil, pero el mismo Napoleón afirmaba no gobernar Francia porque soy un general, lo hago porque la nación cree que poseo las cualidades civiles de un gobernante.

En el nuevo régimen, consecuencia del golpe del 18 de Brumario, el consulado, Napoleón pronto alcanzó la preeminencia. La nueva Constitución, que se aprobó en diciembre de 1799, nívoso del año 8, y que fue conocida como la Constitución del año 8, esta Constitución puso en manos de Napoleón, el primer cónsul, todas las funciones legislativas y ejecutivas, y a ellas pronto se sumó el control de los tribunales y del gobierno local. Como contrapartida, y para compensar un poco el enorme poder colocado en una sola mano, se restableció en Francia el sufragio universal, pero la manera de articular el voto de los ciudadanos, a través de su inclusión en lo que se llamaron listas de confianza, lo convirtió en un mecanismo ineficaz.

El nuevo régimen era, en realidad, un sistema fuertemente centralizado, que permitió a Napoleón acometer personalmente numerosas reformas. El sistema educativo, financiero, la administración, los tribunales, las relaciones con el Vaticano, en todos estos variados terrenos, actuó Napoleón con medidas que contribuyeron a reforzar el poder de la burguesía y a restablecer el orden, lo que, sin duda, agradecieron los franceses después del agitado periodo anterior. La revolución que había acabado con el antiguo régimen avanzaba, poco a poco, a pasos agigantados, en manos de Napoleón, hacia un régimen despótico.

Así que Bonaparte debió su popularidad no solo a sus éxitos militares en el exterior, sino también a la pacificación interior. Efectivamente, fue la conjunción de estos elementos lo que le permitió convertirse de cónsul por diez años en cónsul vitalicio, a través de un plebiscito abrumadoramente favorable, aunque también hubo algunas abstenciones e, incluso, se opusieron hombres importantes de la revolución, como el general Lafayette. Pero su popularidad era tan grande que la población aceptó sin problemas la aparición en la escena política de lo que podríamos calificar de un nuevo monarca.

¿Y no tenía ninguna oposición? Por supuesto, existían grupos de oposición. Seguía habiendo una oposición monárquica, fiel a los borbones y a la contrarrevolución. Pero también había grupos fieles a la revolución que no veían con simpatía la evolución del régimen desde el golpe de Estado.

Por ejemplo, políticos e intelectuales liberales que creían posible conciliar un gobierno fuerte con una vida política activa y crítica. Pero Napoleón pudo contar siempre y hasta el final con la lealtad de las masas populares. Él lo sabía y lo utilizó acentuando el carácter plebiscitario del régimen francés.

Un buen ejemplo de ello es la transformación de Napoleón de cónsul vitalicio en emperador. En 1804 se descubrió una conjura monárquica para asesinar a Napoleón y sustituirlo por un príncipe de la casa de Borbón. El hombre de confianza de Napoleón por estas fechas, su jefe de policía, Fouché, sin duda para adularlo y, además, con el argumento de hacer inviables nuevas conjuras, sugirió el cambio del consulado vitalicio por un imperio hereditario.

Se pidió al pueblo su opinión en un referéndum y el resultado volvió a ser abrumadoramente favorable a la concentración de poder en manos de Napoleón, quien tras una nueva reforma de la Constitución se convirtió en el nuevo emperador de los franceses. Hemos hablado sobre todo de la política interior francesa, del fulgurante ascenso del joven militar Corso hasta el puesto de emperador y de su actividad reformista y modernizadora que consolidó ciertos logros revolucionarios, consiguiendo un compromiso entre el viejo y el nuevo régimen, pero ¿cómo afectó al resto de Europa la carrera meteórica de Napoleón? La historia de las relaciones entre Francia y Europa desde los inicios de la época revolucionaria estuvo marcada por la guerra. La revolución había hecho madurar en Francia un sentimiento nacionalista que tuvo manifestaciones militares.

La revolución en origen era pacifista, pero también universalista y ante la amenaza exterior y los problemas internos pasó con rapidez de la idea de defensa patriótica a la de cruzada por la libertad de los pueblos y, por último, a las guerras de conquista. Napoleón participó, como ya hemos dicho, en estas guerras y con notable éxito personal. Una vez en el poder, la guerra siguió siendo un elemento central en sus relaciones con otros países.

En su época de cónsul, consciente de la popularidad que sus triunfos militares le habían otorgado, Bonaparte afirmaba que un primer cónsul no tiene nada que ver con esos reyes, por la gracia de Dios, que consideran sus estados como una herencia. Un primer cónsul necesita acciones fulgurantes y, por consiguiente, la guerra. Una vez emperador, siguió considerándose un hombre convencido de su capacidad para conquistar, someter, administrar y perfeccionar cualquier país gracias a su ejército, sus funcionarios y sus leyes.

Parece que su visión de Francia y su relación con Europa tenía más que ver con Carlomagno y su imperio que con los ideales universalistas de la Revolución. Sí, Napoleón concebía a Europa como una especie de federación regida por Francia, con provincias que no tenían que respetar fronteras naturales o nacionalidades y con unos estados vasallos regidos por sus familiares en torno a este imperio francés. Napoleón implantó en los territorios que se iba anexionando las principales reformas de la Revolución, eliminación de la servidumbre y de otros elementos de reigambre feudal, supresión de aduanas internas, libertad de culto y, sobre todo, aplicaba el Código Civil, el Código Napoleón, que era una especie de síntesis de todas las nuevas

conquistas sociales.

En 1812, las tropas francesas, tras largos años de cruentas luchas, ocupaban tres cuartas partes de Europa, pero, sin embargo, el Gran Imperio era una entidad artificial que mostraba su debilidad constantemente. Los ejércitos napoleónicos, con sus conquistas y con la difusión de los nuevos ideales, alentaron el nacionalismo en los países que ocupaban, lo que unido a los inevitables daños de la guerra, los impuestos, las confiscaciones, el alojamiento forzoso de tropas y a la decadencia económica consecuencia del bloqueo continental, provocaba constantes reacciones contra el régimen napoleónico. La estructura del imperio era frágil y no tardó en derrumbarse ante los problemas de la campaña rusa, la resistencia en los territorios alemanes y en España y la unión de los aliados antinapoleónicos.

¿Quiénes fueron los principales enemigos de Napoleón, por qué motivos y en qué consistió ese bloqueo continental que acaba de mencionar? El rival por excelencia de la Francia revolucionaria y también de la napoleónica fue Gran Bretaña. Este antagonismo era un reflejo de la existencia en ambos países de culturas políticas, sociales, incluso económicas, muy diferentes. No hay que olvidar que fue un británico, Edmund Burke, quien ya en noviembre de 1790, en su obra *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, denunció los peligros que podrían derivarse de los acontecimientos franceses.

Los británicos habían iniciado la reforma de las estructuras del antiguo régimen en el siglo XVII, con su gloriosa revolución de 1688, una revolución pacífica que abrió un proceso gradual de transformación muy diferente de la ruptura revolucionaria francesa. Difícilmente podían los británicos ver con simpatía un proceso tan convulsivo y tan contrario al suyo. Durante muchos años, un sector importante de la historiografía calificó esta visión y otras similares como reaccionarias, pero precisamente en 1989, hace unos pocos años, y con motivo del Bicentenario de la Revolución Francesa, se abrió un debate entre los historiadores en que se está revisando la visión excesivamente maniquea que calificaba de reaccionario a cualquier historiador crítico con algún aspecto de la Gran Revolución Burguesa.

Hoy se tiende a hacer más hincapié en las luces y sombras de aquel proceso, una de cuyas consecuencias, como señaló otro británico de la época, Pitt, fue Napoleón, el primer déspota moderno. Ya en 1800, Pitt hablaba de Napoleón como el hijo y el campeón de todas las atrocidades de la Revolución. Sí, por las razones expuestas, fue Gran Bretaña la que encabezó el movimiento antinapoleónico, aunque no solo existían entre estos dos países diferencias ideológicas en cuestiones de organización social o política, había más, ¿verdad? Sí, desde el siglo anterior, los británicos habían defendido en política exterior y para el continente europeo la creación de una balanza de poder que, mediante el equilibrio entre las potencias, impidiera que el excesivo predominio de una de ellas ocasionara conflictos.

Gran Bretaña, desde lo que algunos autores han llamado el espléndido aislacionismo de su condición insular, se constituía, por decisión propia, en el fiel de esta balanza. Francia, con la Revolución, había alterado el orden establecido también en política exterior, había provocado

multitud de guerras y su hijo, como hemos visto, que llamaba Pita Napoleón, había llevado a Europa a una situación insostenible. Todos los esfuerzos de Gran Bretaña estuvieron, por tanto, destinados a lograr una alianza no siempre fácil con otras potencias continentales, algunas de ellas monarquías absolutas, muy alejadas de lo que ya era la monarquía británica y siempre en busca de ese equilibrio perdido.

¿Podemos volver, entonces, a ese bloqueo continental? Sí, el bloqueo continental es una manifestación de la rivalidad franco-británica en otro terreno, uno más, el económico. Napoleón quería causar la ruina económica británica cortando totalmente las importaciones de mercancías de este país. Pero, además de bloquear las importaciones británicas, pretendía abrir los mercados continentales a los productos franceses.

El primer año de aplicación del bloqueo, Gran Bretaña vio, efectivamente, disminuidas sus exportaciones en un 25%, pero en muy poco tiempo fue capaz de romper el aislamiento. Las razones fueron variadas. En primer lugar, su potencial marítimo, que le permitió buscar otros mercados en las zonas más alejadas del globo para sustituir los perdidos mercados continentales.

En segundo lugar, hay que recordar que Gran Bretaña era un país experto en tácticas comerciales no del todo ortodoxas. Me refiero al contrabando, que, por ejemplo, había practicado con profusión contra el monopolio español en las colonias americanas en siglos anteriores. Las posibilidades de Napoleón de mantener un férreo control sobre líneas aduaneras tan extensas eran muy relativas y los británicos supieron aprovechar sus dificultades.

El balance final del bloqueo continental fue probablemente más negativo para Francia y su imperio terrestre que para Gran Bretaña. ¿Cuándo puede empezar a hablarse de crisis profunda en el imperio napoleónico? La Guerra de la Independencia Española fue la primera de las guerras de liberación nacionales en que Napoleón fue derrotado y esto tuvo una gran repercusión en Europa, pero, de todas formas, fue a partir del desastre de Rusia. Fue entonces cuando empezaron a surgir por todas partes intentos de librarse del yugo napoleónico.

A partir de 1813, como consecuencia de estos movimientos nacionalistas, del fracaso del bloqueo y de la agitación en el interior de Francia, se puede afirmar que Napoleón estaba acercándose a su caída. La ofensiva de los aliados en diciembre de 1813, cuando Napoleón no esperaba un ataque hasta la primavera, fue el inicio del fin. La capitulación de París a fines de marzo, ya en 1814, y la renuncia del emperador en abril, en Fontainebleau, pusieron término a la gran aventura napoleónica.

El emperador fue desterrado a la isla de Elba y Francia volvió, salvo algunas pequeñas variaciones, a sus fronteras de 1792. Pero Napoleón todavía volvió una vez más. Sí, hubo un epílogo a este periodo básico en la historia europea, el episodio conocido como los 100 días, cuando Napoleón regresó a Francia y logró mantenerse de nuevo en el poder durante este periodo de tiempo.

El punto final definitivo vendría con la derrota de Waterloo y el destierro a Santa Helena, donde, finalmente, murió el que había sido el hombre más poderoso de la Europa de la época. El imperio terminó en un desastre, la monarquía volvió a Francia. Pero, y esto es importante recordarlo, Napoleón había consolidado y extendido por toda Europa los principios esenciales de la Revolución, a la vez que había permitido, también, atisbar algunas de las características más negativas, fruto, también, del movimiento revolucionario, por ejemplo, la utilización del nacionalismo con fines agresivos, el despotismo moderno, etc.

¿Cuál fue la actitud de las potencias vencedoras tras la derrota de Napoleón? ¿Cuáles eran sus planes para Europa y para Francia? La desaparición de Napoleón de la escena europea abría un nuevo periodo, el de la reconstrucción y la creación de un sistema de equilibrios que evitara la repetición de los conflictos que acababan de superarse. A este periodo, que comenzó en 1815, se le ha denominado la Restauración, y el sistema diseñado hace que Europa sea denominada, en esta época, la Europa de los congresos. Los objetivos básicos a conseguir eran dos, para impedir el dominio de Europa por parte de una sola potencia, había que asegurar su división política en estados dinásticos, y para dar estabilidad al nuevo reparto territorial del continente, había que diseñar un mecanismo que permitiera a los estados actuar conjuntamente en la resolución de conflictos.

El problema estribaría en que no todos los aliados tenían la misma visión del futuro. ¿Y quiénes fueron los protagonistas de este nuevo periodo? Napoleón había sido el causante del desorden. Ahora, dos grandes políticos serían los protagonistas de la reorganización europea.

Uno, británico, el secretario de Estado, Castlereight. El otro, centroeuropeo, el ministro austríaco, Metternich. Los dos representaban visiones contrapuestas.

Gran Bretaña solo se sentía amenazada por las transformaciones internas de países extranjeros cuando éstas implicasen una extensión hacia el exterior por medio de la fuerza, como había ocurrido en la Revolución francesa y Napoleón. Tenía, por lo tanto, una visión defensiva de la política exterior, no intervencionista en asuntos internos de otros países, y veía a la Gran Bretaña insular como el fiel de la balanza, ya hemos hablado de ella, de una Europa continental en equilibrio. En cambio, Metternich quería construir un mecanismo y una doctrina en pro de la interferencia, allí donde fuese necesario, cuando hiciera falta, para combatir lo que concebía como el peligro de la Revolución mundial.

Esto no quiere decir que los británicos no prefiriesen una forma de gobierno a otra. Como ya hemos dicho, no veían con simpatía los excesos revolucionarios, pero a la altura de 1815 y tras las guerras napoleónicas, lo que de verdad les preocupaba era que se estableciesen gobiernos que mantuviesen el equilibrio europeo. Lo que hiciesen en su casa no era relevante.

En cambio, Austria y las otras grandes potencias continentales, básicamente, Rusia, Prusia y la nueva Francia, la de la monarquía restaurada, repudiaban la Revolución y querían una legitimidad que era, en realidad, una defensa de una visión conservadora de la sociedad y la política. ¿Cómo consiguieron conjugar estos diferentes objetivos? Con largas negociaciones. El

Tratado de París de 1814 preveía la reunión en Viena de todos los comprometidos en las guerras anteriores para intentar llegar a una serie de acuerdos que completasen las previsiones de dicho tratado.

Y, efectivamente, en el Congreso de Viena y tras numerosas reuniones, las principales potencias vencedoras sobre Napoleón vieron satisfechas sus exigencias territoriales. Además, utilizando el principio de la legitimidad, se restauró en sus tronos a los principales soberanos europeos que habían sido desalojados de ellos como consecuencia de las guerras napoleónicas. Y, por último, se diseñó un nuevo mapa de Europa en el que se tuvo muy en cuenta el establecimiento de un equilibrio de poderes.

Aún más, las cuatro potencias aliadas, Austria, Prusia, Rusia y Gran Bretaña, por el acuerdo de la Cuádruple Alianza, se comprometieron a convocar en el futuro otros congresos diplomáticos, siempre que fuese necesario, para mantener el statu quo obtenido en 1815. Nació así la Europa de los Congresos. Un antecedente, salvando las distancias, de lo que luego sería la Sociedad de Naciones o las Naciones Unidas, es decir, foros diplomáticos de discusión para defender un orden establecido.

El sistema de congresos de 1815 pudo haber sido un mecanismo eficaz para resolver las disputas y los problemas que amenazasen el equilibrio europeo, pero la utilización que Metternich, de acuerdo con su pensamiento, que antes hemos esbozado, pretendió hacer de este sistema la muerte del británico Castlereagh y su sustitución por un político más aislacionista, Canning, todos estos elementos unidos fueron debilitando la acción concertada de las potencias que optaron por actuaciones cada vez más independientes. Las revoluciones de 1820 supusieron una grave crisis para el sistema y la oleada de revoluciones de 1830 sancionó la muerte definitiva de la Europa de los Congresos. Bien, de estas revoluciones, de las de 1820, 1830 y 1848, ya hablaremos en un próximo programa.

Muchas gracias, profesora Ana Guerrero, y hasta otro programa. Adiós, gracias. Despedimos el curso de acceso, indicándoles que si tienen alguna duda con respecto a la asignatura, Introducción a Historia del Mundo Contemporáneo, en la página 78 de la guía del curso, encontrarán el horario de consulta del profesorado de la sede central.

Y nos despedimos ya hasta mañana. Gracias por su compañía. Muy buenas noches.

La UNED les ha ofrecido dos horas y media de radio educativa y cultural. Mañana estaremos de nuevo con ustedes en esta misma emisora y a partir de las ocho y media de la tarde, siete y media en la Comunidad Canaria. Comenzaremos con el programa de formación del profesorado.

Después, Ingeniería Técnica de Informática y la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales. Acabaremos, como es habitual, con el curso de acceso. Les agradecemos su compañía.

Muy buenas noches. Subtítulos realizados por la comunidad de Amara.org